

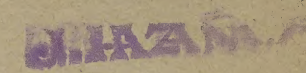
ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y
EL TEATRO.—COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LOS MURCIÉLAGOS

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS, EN VERSO

ORIGINAL DE



CALIXTO NAVARRO

Y

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

MADRID

EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.º

FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, 2.º

1891

A Viana

Al profesor de violin,
notable compositor
su mal colaborador
y buen amigo
Marin

Marzo 16/91

LOS MURCIÉLAGOS

LOS MURCIÉLAGOS

COMEDIA DRAMATICA

EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS, EN VERSO

ORIGINAL DE

CALIXTO NAVARRO

Y

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESLAVA la tarde del 11 de Enero de 1891



MADRID

R. VELASCO, IMP., RUBIO, 20

1891

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GLORIA........................	Srta. D.ª Manuela Gómez.
INES (doncella)....................	» Felisa Torres.
TERESA (ama de llaves).............	Sra. D.ª Josefa Brieva.
DON GERARDO DE LARA............	Sr. D. Gerardo Peña.
DON FELIPE SANDOVAL.............	» Luis Infante.
CORNEJO (alguacil)................	» Ventura de la Vega.
BASTIÁN.........................	» Angel Venegas.
LUCIO............................	» Julián Fuentes.
ALGUACIL 1.º.....................	» Arana.
IDEM 2.º..........................	» Grajera.
EMBOZADO 1.º....................	» González.
IDEM 2.º..........................	» Picó.

Alguaciles y bandidos.—Comparsas

La acción en Madrid.—Epoca de Felipe IV

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Antesala ó recibimiento en casa del Corregidor: puerta al foro que conduce á la calle; dos á la izquierda que dan á las habitaciones interiores, y ventana á la derecha. Mesa con sillón de baqueta al lado izquierdo, y varios bancos alrededor de la escena: de frente un gran armario. Sobre la mesa candelabro con velas encendidas.

ESCENA PRIMERA

CORNEJO rodeado por los alguaciles y TERESA á la ventana dando señales de impaciencia.

COR. Vamos de mal en peor.
ALG. 1.º ¿Qué se dice?
ALG. 2.º ¿Qué se cuenta?
COR. ¡¡Horrores!!... Yo tengo el alma
en un hilo, y no hay quien duerma
tranquilo con lo que pasa.
Ayer mismo, á la hora esta
salió un alcalde de ronda
y le dieron una felpa
regular.
ALG. 1.º ¿Quiénes?
COR. No sé.
Pero se tienen sospechas...
Además, hace tres noches
que dieron muerte violenta
al Conde Villamediana;
y en fin, verlo no quisiera;

andan por ahí ciertos bultos
cuando el día entra en tinieblas,
y francamente, os advierto,
no por miedo, por prudencia,
que debemos estar todos
con la tizona en la diestra,
con la naríz afilada
y con la mirada alerta,
pues creo que el horizonte
de estos días, se presenta
con muchas nubes de sustos,
de encerronas y de... leña.

TER. Y este señor, que no viene,
y hace dos horas y media
que está esperando el docior,
y yo á servirles la cena.

COR. ¿Don Juan Benavides?

TER. Sí.

COR. Un hombre de mucha ciencia.

TER. Extendí el mantel: vinieron
de palacio con urgencia,
y el señor salió corriendo,
más ya estará cuando venga
el cochifrito pasado,
y sin salsa la ternera,
y el doctor sin apetito,
y deslucida mi hacienda.
¡Qué señor de mis pecados!
¿De dónde sacó esta idea
para ser hombre de leyes
y andar con la vara á cuestas?

COR. Le proteje el de Olivares,
que muy su amigo se muestra,
y quizás el Conde-Duque
en palacio le retenga.

TER. Ó al regresar habrá dado
con algún bribón de cuenta,
á quien, Don Felipe, en tiempos,
haya mandado á Galeras,
y tal vez...

CÓR. ¡O *Los Murciélagos!*

TER. Esos son cuentos de viejas.

COR. Por jóvenes nos tenemos
éste y yo y aquel, y apenas

hace seis días, que, gracias
á ser ligeros de piernas,
sin más que algún cintarazo,
verlos pudimos de cerca.

TER. ¿A *Los Murciélagos!*

COR. ¡Digo,
si sacudían de veras!
(Afirman los otros.)

TER. ¿Luego es cierto lo que afirman?

COR. Ojála que no lo fuera.

TER. ¿Y son muchos?

COR. Más que el gremio
de ministriles desea;
más que penas de afligidos;
más que dengues de doncella.
Ellos al pobre socorren
y á las damas galantean,
y á los ricos desbalijan,
y á los ancianos respetan.
Envueltos en largas capas,
y encubiertos con caretas,
buena tizona al costado
y no perezosa diestra,
ni hay lance que les arredre
ni ronda que los detenga:
si hoy dan una serenata
y más abajo una felpa,
mañana á un marqués desnudan
y á una mendiga remedian.
Los del pueblo los encubren;
los alcaldes los respetan;
los galanes no los buscan,
y los huye la nobleza:
de modo que *Los Murciélagos*
por sus respetos campean
sin más ley que su capricho,
señores de las tinieblas.

TER. ¿Serán plebeyos?

COR. Se ignora.

TER. ¡Quizá nobles!

COR. Se sospecha.

TER. ¿Tendrán jefe?

COR Eso se dice.

TER. ¿Y quién es?

COR. Nadie lo acierta.
Hará un año escasamente
que empezaron sus proezas;
y apenas las ocho daban,
según cuenta la conseja,
no había cristiano viejo
que andar por Madrid pudiera:
de aquí dió en decir la gente,
aun más curiosa que inquieta,
que á la hora de murciélagos
cerrarse en casa era fuerza.
Mas poco á poco, sin duda
la impunidad les alienta,
y apenas el sol sus rayos
oculta tras de la sierra,
es cosa de no poderse
ya ni asomar á la puerta;
diz que una casa ruinosa
del Pretil de Santiesteban,
esa gavilla de tunos
eligió por madriguera;
diz que allí todos los viernes
tienen sesiones secretas,
donde se firman los pactos
y los golpes se proyectan;
pero á pesar de estas cosas
y de otras mil que se cuentan,
ni verlos entrar pudimos
ni alma alguna allí se alberga.
TER. ¿Y el rey qué dice?
COR. ¿El rey?.. ¡Nada!
TER. ¿Y el favorito?
COR. A la fecha...
TER. ¿Y la justicia?
COR. Esa... dice...
que no salga el que no quiera.
TER. ¿Y vos?
COR. ¿Yo? Lo que el monarca;
que cuando él calla y espera,
un fiel súbdito y sumiso
soltar no debe la lengua.
TER. Y á todo esto don Felipe
sin dar señal....
COR. ¡Y la cena
fría!

TER. ¡Y el doctor!..
COR. Roncando
de fijo, cual si lo viera.
¿Pero qué ruido?
FEL. (Dentro.) ¡Alguaciles!
¡A ver!.. ¡Cornejo! ¡Teresa!

ESCENA II

DICHOS y DON FELIPE, que entra precipitadamente, con el traje en desorden y dando grandes muestras de temor

FEL. ¡Socorro!..
COR ¿Qué le sucede?
FEL. ¡Ay de mí!.. ¡Cerrad las puertas!
COR. ¿Le siguen?
FEL. Creo que sí.
Salía yo con urgencia
del Alcázar, y de pronto
un embozado se acerca
y dice: «Recuerdos de
Los Murciélagos.»
COR. ¡Aprieta!
FEL. Era de asustarse.
COR. ¡Digo!..
FEL. Con seguridad no hubiera
andado diez pasos, cuando
nuevamente á mí se acerca
otro embozado y me dice
con voz cavernosa y hueca:
«No te expongas á luchar
con los Murciélagos.» ¡Piernas
para qué os quiero! yo dije,
por salir bien de la empresa,
y si como hombre escapé,
como alcalde no lo hiciera;
de corregidor la vara
el rey colocó en mi diestra,
y en mi mano no se tuerce,
ni se vende, ni se quiebra.
Si huí... fué... por amor propio
y esquivando una imprudencia,
que la dignidad de alcalde

no ha de tenerse en las piernas;
y he dicho, y dejadme todos.

TODOS. ¡Señor! (Se inclinan y vanse los alguaciles.)

FEL. Tú, Cornejo, queda.

TER. Es que la cena está pronta.

FEL. Pues que aguarden ama y cena.

TER. El doctor...

FEL. Tienes razón
ya olvidaba que me espera.
Dile que soy al momento
con él.

TER. Voy... ¡Ay, qué cabeza!
Esta carta que han traído.

FEL. Venga el papel, y despeja. (Vase Teresa.)

ESCENA III

DON FELIPE y CORNEJO

FEL. Cornejo, tu fiel consejo
varias veces escuché,
aunque yo soy el mas viejo,
pero hoy, amigo Cornejo,
lo que me pasa no sé.
El Conde-Duque esta tarde,
de orden del rey que Dios guarde,
me ha recibido muy mal
y me ha dicho:—«Sandoval,
»eres vil, necio ó cobarde.
»En Madrid los atropellos
»aumentan de día en día,
»y tú das margen á ellos,
»pues, ó finges no sabellos,
»ó ejerces mal la alcaldía.
»El conde Villamediana
»muerte alevosa ha sufrido,
»y el duque de la Fontana,
»ayer noche, ha recibido
»una tunda soberana;
»y dentro de tercer día
»das fin á la bandería
»que á la corte causa espanto,
»ó yo, hijo mío, te planto

»al cuarto, y ya no hay tu tía.»
Y terminado el sermón
se sepultó en su sillón,
arrugando el entrecejo.
—¿Qué dices á esto, Cornejo?

COR. Digo... Que tiene razón.

FEL. ¿Cómo se entiende?

COR. Es decir;
que él hace bien en sentir
que así se zurre á la gente,
y vos obráis cuerdamente
dejando al mundo vivir.

FEL. Aquí, en la calle Mayor
murió el conde, y á los gritos
buscamos al agresor...
¿Dónde?

COR. ¡En la de Leganitos!

FEL. ¿Y le hallamos?

COR. ¡No, señor!

FEL. ¡Pues sospecho que es buscar!

COR. Nadie hubiera ido tan lejos.

FEL. Cada cosa en su lugar,
y yo debo confesar
que seguí fiel tus consejos.
Ahora bien, mi duda es esta:
¿debo en contienda tan cara,
que á veces la vida cuesta,
ahorcar al que nos molesta,
ó debo soltar la vara?
Porque el conde, bien sus fines
me ha dado á entender ladino,
y es fuerza que lo examines:
ó destruyo á esos malsines
ó le entrego al asesino
de Villamediana. ¿A ver
qué me toca en esto hacer?
Mejor dicho, ¿tú, qué harías?

COR. Cenar.

FEL. ¡Ah! ¿Tú cenarías?

COR. ¡Sí!

FEL. Pues mira, puede ser.

COR. Una buena digestión
produce en todo varón
de ideas un semillero.

Fel. Nada; que tienes razón:
lo primero, es lo primero,
y pues la mesa es mi edén,
del licor á los destellos
pensemos un ten con ten.
Murciélagos, ¿eh? Guay de ellos,
guay, como yo cene bien.

Cor. ¿Puedo retirarme?

Fel. Sí,
más no te alejes de aquí
por si...

Cor. Qué, ¿teméis quizás?...

Fel. ¿Cómo?... ¿Temer yo?... ¡Jamás!
No me conoces á mí.

Cor. En tal caso... (Saluda y vase, puerta izquierda.)

Fel. Sí, anda, vé.
Tengamos tranquilidad,
que bien me hace falta, á fé.
¡Más esta carta!... En verdad...
(La desdobla y al ver la firma dice.)
¡Jesús, María y José!
(Leyendo con grandes muestras de temor.)
«Si en destruirnos soñaste
»y al conde se lo ofreciste,
»tu vara darás al traste,
»que allí te comprometiste
»á cosa que no pensaste.
»Hay en tu cinto una daga
»de el de Olivares ofrenda,
»que así tus servicios paga,
»mas la daga á mí me halaga
»y vas á perder la prenda.
»Advierte si es atrevida
»la lucha por tí emprendida,
»y no sin razón te alarmas,
»que quien te quita las armas
»puede quitarte la vida.
»Desiste, pues, Sandoval,
»que no te quiere tan mal
»quien lleva hasta tus oídos
»una advertencia leal.»
Firma, «El rey de los bandidos.»
¡Teresa! ¡Cornejo!... ¡No!
¿Qué es lo que voy á hacer yo?...

¿La daga?... En su sitio está,
y la carta se escribió
para asustarme quizá.
Este acero damasquino,
no en poder de un asesino
se ha de ver, ni á mí me apena
temor pueril y mezquino...
¡Teresa!...

TER. (Dentro.) Señor.

FEL. ¡La cena!...
Corregidor, á luchar,
que fama es justo alcanzar
en esta y en otras lides...
Mientras, vamos á cenar
con el doctor Benavides.
(Entra lateral izquierda.)

ESCENA IV

TERESA y después BASTIÁN. Se oye dentro una jota, tocada por bandurrias y guitarras

TER. Es él, no me cabe duda,
quien me dá esta serenata.
¡Cuánto amor, y qué imprudente!
¡Si mi señor se enterara!
Quien así su amor me pinta,
bien mi cariño se gana.
¡Qué afecto tan bien sentido!
¡Es un mundo de esperanzas!

BAS. ¡Teresa!

TER. ¡Jesús! (Desde la puerta del foro.)

BAS. Soy yo.

TER. ¡Mi Bastián!

BAS. En cuerpo y alma.

TER. Mas, ¿cómo hasta aquí has llegado?

BAS. Pisada tras de pisada.

TER. ¿Y si te ven?

BAS. No te apures.
Tu señor y el mío se hallan
dulcemente entretenidos,
y no hay temor de que salgan.

TER. Pero mi honor...

BAS. Yo le guardo.
TER. Mi pudor...
BAS. Nadie le ultraja.
Y si hemos de ser un día
tierna pareja ante el ara...
TER. Eso sí. ¡Cuánto lo ansío,
y tú cuánto lo retardas!
BAS. Halle yo un amo rumboso,
y ya verás...
TER. ¿Pues, qué, tratas
de abandonar al doctor?
BAS. No me haré viejo en su casa.
Yo estoy avezado al ruido;
mucha bulla y buena paga;
y me entristece y me aburre
esta vida sedentaria.
Sin movimiento la lengua,
en huelga eterna la espada;
no se presenta un negocio
por un ojo de la cara.
TER. Pues, mejor.
BAS. ¡No; vive el cielo!
Quiero correr á mis anchas,
que no me echó Dios al mundo
para que el tiempo pasara
convertido en lazarillo
de ese doctorzuelo sátrapa,
achacoso, jorobado,
patizambo, en fin, un maula,
que entre empolvados librotes
horas enteras se pasa,
los jaropes inventando
conque á los necios engaña.
TER. ¿Pues, qué, no cura?
BAS. Sí cura...
unas veces, y otras... mata.
TER. ¿Debe ser rico?
BAS. Eso dicen;
mas yo, fuera mi soldada,
no tengo que agradecerle
ni un mal escudo. (Se oye dentro ruido.)
TER. ¿Esas gasta?
Pues yo creí... Mas, ¿qué es eso?
BAS. Se escuchan pasos.

TER. ¡Sí; escapa!
BAS. Voy... Por aquí suben. (Va á marcharse foro.)
TER. ¡Cielos!
COR. Cerrar, y que nadie salga. (Dentro.)
TER. ¡Estoy perdida!
BAS. Aquí. (Abriendo el armario.)
TER. No.
BAS. Yo me meto. (Entra en él, y cierra.)
TER. ¡Virgen santa!

ESCENA V

DICHOS y CORNEJO, por la segunda pnerta izquierda; en seguida tres ó cuatro ALGUACILES, por la del foro

COR. ¿Ha entrado aquí?
TER. ¿Qúién?
COR. El.
TER. ¿Quién?
COR. El que se lleva la daga.
TER. Yo no entiendo...
COR. (A los Alguaciles.) ¿Habéis logrado
averiguar algo?
ALG. 1.º Nada.
COR. ¿No le ha visto nadie?
ALG. 1.º Nadie.
COR. Entonces, está en la casa.
TER. (¡Dios mío!)
COR. Vuelta al registro.
Circumbalad la manzana,
y sin que yo os dé la orden
no ha de salir ni una rata.
TER. (¡Pobre de mí!)
COR. ¡Pronto... vamos!
(Vanse los Alguaciles.)
TER. Pero, ¿qué ocurre, qué pasa?
COR. Que de milagro vivimos,
que un volcán nos amenaza,
y que yo estoy temeroso
de no llegar á mañana.
Que el aire que respiramos
no es aire, ni el agua es agua,
ni los cerrojos cerrojos

ni las ventanas ventanas;
que ya hay quien roba hasta el pelo
sin que lo advierta la calva;
que ménos vé el que más mira,
y *volaverum* la daga
que don Felipe en su cinto
hace un momento llevaba.

TER. ¿La han robado?

COR. La han robado.

TER. Pero, ¿quién?

COR. Según las trazas...
¡Él mismo!

TER. ¿Él mismo?

COR. Sí; ó yo,
ó el doctor; pues en la estancia
él, el doctor, y yo estábamos,
y allí no ha entrado ni un alma.
En un sitial, á su izquierda,
la dejó al par de la espada,
y mientras fuí por un plato,
él á don Juan dió una carta,
en la cual, según parece,
el hurto se le anunciaba.
De pronto, el doctor da un grito;
Sondoval una patada;
los dos su vista afanosa
al par de la mía clavan
en el sitial y... lo dicho,
allí estuvo, mas no estaba.
Benavides se santigua;
yo á Dios encomiendo el ánima,
y el Corregidor, muy pálido,
ya se sienta, se levanta,
busca en la mesa, en la alfombra,
sobre los muebles, y nada.
¡Registradme! ¡registradme!
el doctor trémulo exclama:
que me registren, murmuro
con la voz entrecortada...
Mas don Felipe, la diestra
de Benavides enlaza;
me mira, tranquilo casi,
quiere sonreir, y exclama.
Es inútil; no habéis sido

vosotros; cobrad la calma;
y antes que de ambos á dos,
de mí mismo yo dudara.

TER. Confesión satisfactoria
que en medio de la desgracia...

COR. Muy caballeros seremos,
mas no parece la daga,
y nadie al ladrón ha visto
salir ni entrar en la estancia.

TER. El Corregidor.

COR. ¡Silencio!

ESCENA VI

DICHOS y DON FELIPE, y en seguida el DOCTOR BENAVIDES; este personaje debe vestir traje negro y sombrero de alas anchas; gasta gafas, y es exageradamente jorobado y algo patizambo, obligándole ambos defectos á andar un poco encorvado y á apoyarse en una muleta de mano; dicho personaje debe representar unos sesenta años. Es conveniente que esta figura la represente el actor encargado del papel de don Gerardo, para que el efecto del acto segundo resulte más seguro

COR. Señor, yo...

FEL. Ni una palabra;
lo sé, todo ha sido inútil.

TER. (¡Yo voy á ponerme mala!)

FEL. ¿Vino Bastián?

COR. No; es decir;
yo al menos...

TER. No vino un alma;
nadie, señor, yo os lo fío.

FEL. Pues entonces, acompaña
al Doctor. (A Cornejo.)

COR. ¡Dios trino y uno!

FEL. (Viendo salir al Doctor, hace seña á Cornejo, quien va á prestarle apoyo y entre los dos le acompañan hasta la puerta del foro.)
Vamos, don Juan, con más calma,
que os juzgáis siempre un muchacho,
y el tiempo en balde no pasa.

COR. (Hoy pierdes la piel, Cornejo.)

FEL. Descansad, y hasta mañana,
que yo no pienso acostarme
hasta que despunte el alba.
Id con Dios.
(Se saludan en la puerta y se dan la mano afectuosamente.)

ESCENA VII

DON FELIPE y TERESA

TER. (Ay, madre mía.)
FEL. Teresa, vete á la cama.
TER. ¿Os sentís mal?
FEL. ¡No!
TER. Con todo
bueno sería una taza...
FEL. Nada necesito. (Cierra la puerta del foro.)
TER. (¡Ay, cielos!)
FEL. Casi es inútil cerrarla,
pero al fin...
TER. (¿Y cómo sale?)
FEL. Ya te he dicho que te vayas.
TER. Es que temo...
FEL. ¡Nada temas!
TER. Pienso...
FEL. ¡No pienses en nada!
TER. Yo...
FEL. ¡Fuera, he dicho!
TER. ¡Señor!
FEL. ¡Teresa!
TER. ¡Virgen, qué cara!
(Dios mío, un Bastián de cera,
si bien del trance me sacas.)
(Vase segunda puerta izquierda.)

ESCENA VIII

DON FELIPE, luego BASTIAN que sale del armario

FEL. ¿Ya me hallo solo, ya puedo
confesar que estoy en Babia,
y que tengo miedo... ó rabia?...
las dos cosas: rabia y miedo.
(Bastián entreabre las puertas del armario; don Felipe saca la carta que leyó anteriormente.)
(Mirándola.) Poco en cumplirme tardaste
la amenaza que me hiciste.
(La desdobla y lee muy despacio.)
«Que al fin te comprometiste
á cosa que no pensaste.»
¿Y no he de lograr mi afán?
(Estrujando la carta.)
¿No he de cogerlos un día?
¡Oh! por lograrlo daría...
BAS. ¿Cuánto darías?
FEL. ¡Bastián!
BAS. ¡El mismo!
FEL. ¿Por dónde entraste,
si yo la puerta he cerrado?
BAS. Lo esencial es que haya entrado
y que esté aquí.
FEL. ¿Me escuchaste?
BAS. Sí tal, y os vengo á ofrecer
lo que tanto ambicionáis.
FEL. ¡Ah! luego tú...
BAS. Cuánto dáis
es lo que quiero saber.
FEL. Tu boca será medida
si me aclaras este arcano.
BAS. ¿Palabra?
FEL. Palabra y mano.
BAS. Pues es cosa convenida.
Mil escudos.
FEL. Mil tendrás.
BAS. (Dos mil debí haber pedido.)
FEL. Si te hallas arrepentido,
pide, pide, y te doy más.
Mas... teme que los destellos

de mi furor... ¡dílo todo!

BAS. Lo diré.

FEL. ¿Mas de qué modo
supiste?

BAS. Siendo uno de ellos.

FEL. ¿Tú? (Retrocediendo.)

BAS. ¡Sí!

FEL. ¿Tú?... (Colocándose tras de la mesa.)

BAS. Sí: no tembléis
que otros mil casos se han visto,
y si un Judas vendió á Cristo
aquí otro Judas tenéis.

FEL. ¿Sois muchos?

BAS. Ciento hasta hoy.

FEL. ¿Y os conocéis?

BAS. Por apodos,
pero los nombres de todos
en esas listas os doy. (Le entrega unos papeles.)

FEL. ¿Tenéis jefe?

BAS. ¡Sí!

FEL. ¡Su nombre!

BAS. Decir no puedo de fijo
«éste es,» pero yo colijo,
y mi duda no os asombre
pues nunca le ví la cara,
mas quien nos da su ley, ducho,
ó yo me equivoco mucho,
ó es don Gerardo de Lara.

FEL. ¿Cincuentón?

BAS. No, por mi fé;
y aunque le cubre tenaz
negro y espeso antifáz,
siempre que á los suyos vé,
yo que conoçerle quise
y logré salirle al paso,
afirmar puedo, que acaso
en los veinte y seis no frise.
Frente altiva y espaciosa,
mirar noble y distinguido,
buena planta, talle erguido;
cabellera, negra, hermosa,
voz vibrante, que al mandar
sabe hacerse obedecer,
mano adiestrada á vencer,

nunca torpe en atacar.
Sin conocer el espanto
su alma, es sencilla y clemente...

FEL. Vamos, decididamente
ese bribón es un santo.

BAS. Por una casualidad
que os voy ahora á referir,
he llegado á descubrir
del asunto la verdad.
Doña Gloria Antunez es
amiga de mi señor
y á su casa va el Doctor
dos ó tres veces al mes.
Yo, cual siempre, le acompaño,
pues no gusta andar en coche,
y habiendo ido la otra noche,
sobre un mueble, caso extraño,
ví que la dama dejó
un collar de gran valía,
alhaja que al jefe había
vendido en persona yo.
Esto dióme en qué pensar,
porque ella se dice viuda;
mi asombro engendró la duda,
y me propuse indagar,
cómo si al rey la vendí,
y es la dama de otra grey,
había podido el rey
hacer que llegara allí.
Rondé la casa primero;
hice el coco á la doncella;
supe que si es viuda ella,
la visita un caballero
que se llama don Gerardo;
me hice mostrar aquel hombre,
y aunque nada dice el nombre,
no siendo en observar tardo,
pues memoria fiel me abona,
saqué, como cosa clara,
que nuestro rey y el de Lara
son una misma persona.

FEL. Pero todo eso, en conciencia,
no es mas que una deducción.

BAS. Yo os inicio la cuestión,

ahora buscad la evidencia.

FEL. Y doña Gloria...

BAS. En su porte,
noble representa ser,
y según pude entender
brilla no poco en la Corte.

FEL. ¿Doña Gloria Antunez?... ¡Ah!
Una que...

BAS. No sé su historia.

FEL. Como tengo esta memoria...
Pero sí, sí, ella será.

BAS. ¿Queréis más?

FEL. Pues ya se vé;
y empezaremos por partes.
¿Os reunís?...

BAS. Todos los martes.

FEL. ¿Y hoy es?...

BAS. Martes.

FEL. Por mi fe
que hoy mi rudo encono prueban
y la impaciencia me abrasa.
¿Dónde os reunís?

BAS. En la casa
del pretil de Santisteban.

FEL. ¿Hora?

BAS. Las nueve.

FEL. Pardiéz
que el que á burlarme se atreve...

BAS. Yo...

FEL. Si no os cojo á las nueve,
te mando ahorcar á las diez.
Dos veces he entrado allí,
haciendo forzar la puerta,
y tengo por cosa cierta
que ni un mal escaño ví,
de modo que ..

BAS. Mi egoismo
me abona; haced un desmoche,
pero cuidad que esta noche
no os vaya á pasar lo mismo.
Y en cuanto á mí, lo pactado,
creo, señor, que...

FEL. Jamás
supe yo volverme atrás;

mañana serás pagado,
y una vez rico, traspasa,
si te es facil, la frontera,
porque si el Doctor supiera
lo que ha tenido en su casa...

BAS. Fío en vuestra discreción.
FEL. Nada sabrá. (¡Me ahoga el gozo!)
BAS. ¡Quedad con Dios! (Vase foro.)
FEL. Es el mozo,
lo que se llema... un bribón.
(Don Felipe abre la puerta del foro, por donde sale Bastián.)

ESCENA IX

DON FELIPE, y en seguida CORNEJO, y varios Alguaciles

FEL. Sandoval, recobra aquella
tan proverbial alegría,
que antes de que alumbre el día
de nuevo brilla tu estrella.
¡Y pues estoy en lo cierto,
en pos de la gloria corro!...
BAS. ¡Favor! (Dentro.)
FEL. ¿Qué es eso?
BAS. ¡Socorro!
FEL. Ay de mí, esa voz...
BAS. ¡Soy muerto!
FEL. Dios mío, tú que me ves
lleno de angustia y temor,
ampara á un Corregidor
que se prosterna á tus piés.
COR. Señor, huyó el asesino;
cuatro pasos del zaguán
ha sido herido Bastián
y al lado este pergamino
se halló.
FEL. (Yo siento sudores.)
COR. Está escrito.
FEL. ¿Sí? (Tomándole maquinalmente.)
COR. ¡Leed!
FEL. ¡Yo tengo miedo... hambre... y sed!...
«Justo premio á los traidores.» (Leyendo.)

¿Luego ya lo saben?... ¡Oh!
Es esto desesperante.
(Un momento de lucha que acaba por una gran transición.)
¿Ea, si está echado el guante,
qué remedio? Ellos ó yo.
—¡Muchachos! nuestro deber
con voz sonora nos llama:
á mí el coraje me inflama
y hay que morir ó vencer.

COR. ¿Qué es esto?

FEL. A luchar nos llevan
los destinos ignorados...
¡Guerra á muerte á esos malvados
y al pretil de Santisteban!

COR. (Esto vá á acabar muy mal.)

FEL. ¡Desnudad esas espadas!

COR. ¡Va á haber una de estocadas!
(Del pretil, al hospital.)
(Salen atropelladamente por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Casa blanca al segundo bastidor.—Puerta al foro y lateral derecha.—Otra secreta en la izquierda, y una linterna colgada en la pared del foro.—No hay ningún mueble en la escena.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

LUCIO y EMBOZADOS 1.°, 2.° y 3.° Otros formando grupos por la escena. Lucio, colocado en la puerta del foro, recogiendo el santo y seña de los que van entrando. Al entrar el Embozado 3.°, se oyen las nueve en un reloj de torre

LUCIO	Muy despacio váis llegando.
Pasad, murciélago amigo.
(Entra el Embozado 1.°)
Las nueve están al caer.
Como tarde el rey, de fijo
que algo grave ocurrir debe,
ó su falta no me explico. (Entra el 2.°)
El siempre ha sido puntual;
mas no me encuentro tranquilo.
EMB. 1.°	No te impacientes, buen Lucio,
que él vendrá.
LUCIO	Creo lo mismo.
EMB. 1.°	Ya viene. (Entra el embozado 3.°)
LUCIO	Es un compañero.
EMB. 3.°	Muy buenas, amigos míos.
(Suena el reloj de torre.)

LUCIO Las nueve. ¡Por vida de...!
¡Ah!... Ya está aquí. Ya respiro.
Compañeros, nuestro rey
se aproxima. Descubríos.
(Forman en dos filas á ambos costados.)

ESCENA II

DICHOS y DON GERARDO, con antifaz, sombrero negro de alas anchas y pluma blanca y tabardo

GER. Buenas noches, compañeros.
LUCIO Señor, ya estaba intranquilo
por vuestra tardanza.
GER. No
dí yo para ello motivo.
LUCIO ¡Viva nuestro rey!
EMB. 1.º Sí. ¡Viva!
TODOS ¡Viva!
GER. Gracias; yo os estimo
tal distinción, y deseo
que penséis siempre lo mismo,
para que nunca mi mano,
poco tarda en el castigo,
tenga ocasión de ensañarse
con ninguno de los míos.
Vuestra ley es no olvidarlo,
y mi deber advertirlo.
De la reunión anterior
dé Lucio cuenta. Cubríos. (Todos lo hacen.)
LUCIO Pablo Alcántara, platero,
(Leyendo en unos apuntes.)
demandando nuestro auxilio,
solicitó una paliza
para el vizconde del Pino.
GER. ¿Cuánto daba?
LUCIO Ocho doblones.
GER. ¿Y expresaba los motivos?
LUCIO Pablo Alcántará es casado,
y es el vizconde atrevido;
de modo, que...
GER. Basta y sobra.
¿Se hizo el encargo?

LUCIO — Se hizo. (Risas.)
El marqués de la Alpujarra
pidió seis hombres de brío
para consumar un rapto
en la hija de Andrés Portillo,
un albañil que hace tiempo
se halla viudo y paralítico.

GER. — ¿Ofreció?

LUCIO — Treinta doblones.

GER. — Yo dí á la familia aviso,
y del fondo de reserva
calmé mal tan aflictivo. (Ligeros rumores.)
Al primero que murmure
de lo que yo determino,
razonamientos le guardo
que no ha de querer oirlos.
(Todos callan y protestan de su conformidad.)
Sigue.

LUCIO — Asesinato y robo
en casa del conocido
doctor don Juan Benavides;
propuesta de un individuo
de la banda.

GER. — El asociado
Bastián. Mas yo, agradecido
al doctor, porque á su ciencia
debo importantes servicios,
no tan sólo la rechazo,
sino que, oidme, prohibo
que á don Juan atente nadie.
Miradle como á mi mismo.
¿Hay más?

LUCIO — Negocios pequeños,
y en proporción, productivos:
dos serenatas frustradas,
evitar un desafío,
tres robos en despoblado;
sustracción de unos recibos,
un susto dado á la ronda,
obligar á un novio arisco,
hacer ver claro á un celoso
y doblegar á un altivo.
Total: seiscientos doblones,
un contuso y dos heridos.

GER. Ya estáis todos enterados.
A las de hoy.
LUCIO Yo solicito
vuestra venia, pues deseo
decir algo importantísimo.
GER. Habla pues.
LUCIO Hay un cobarde
traidor, que nos ha vendido.
GER. ¿Cómo?
LUCIO Quizás á estas horas
nos cercan ya los esbirros.
(Confusión: varios se dirigen á la puerta.)
GER. ¡Ira de Dios! ¡Quietos todos!
—¡Si sabiéndolo has venido,
eres un valiente!
LUCIO Impune,
señor, no dejé el delito.
GER. ¿Qué quieres decir?
LUCIO La daga,
que ya no adorna mi cinto,
tinta está en sangre traidora.
Oid lo que ha sucedido:
Desde que Bastián García,
que del Doctor al servicio
se encuentra, entró en nuestra banda,
le miré como á enemigo.
Cuando propuso la muerte
de su señor, plan inícuo,
me afirmé más, porque el hombre
que á quien le dá pan y abrigo
no respeta, es un infame
y de traidor muestra indicios.
Seguí sus pasos, y pude
convencerme por mí mismo
de que sostenía amores
con Teresa... ese... vestiglo
que en casa de don Felipe
Sandoval tiene su nido.
Esta tarde, ya era oscuro,
y despues de dar las cinco,
Bastián rondaba la casa
entre mústio y pensativo.
Yo tengo allí, como á todos
os consta, buenos amigos,

y pronto supe que el amo
á palacio había ido,
pero que el Doctor estaba
arriba; ya, más tranquilo,
á marchar me disponía,
dando este lance al olvido,
cuando veo á don Felipe
llegar pálido y mohino.
A poco escúchase música;
Bastián entra, y yo, indeciso
entre alejarme ó quedarme,
por aguardar me decido.
Pasado un rato, azorados
á los alguaciles miro
subir, bajar, y dar vueltas
al redor del edificio.
Después, don Juan Benavides
asoma; y de lazarillo
ese Cornejo, que nunca
ver de cerca conseguimos.
¡Bastián, pues, quedaba dentro!
¿Para qué, y con qué motivo?
Reflexionarlo un instante
y salvar de un salto el quicio
de la puerta, fué negocio
solamente para visto.
Subí á tientas la escalera,
me interné por un pasillo,
llegué á una puerta cerrada,
y en ella apliqué el oido.
Ahogué á la par del aliento
los destemplados latidos
del corazón y... no en vano...
allí me llevó el destino,
Bastián nos vendia infame;
no me engañaba mi instinto.

GER. ¡Miserable!

LUCIO Ya seguro,
nuevamente me deslizo
hacia el zaguan, y allí aguardo,
según mi impaciencia, un siglo:
baja; el puñal en la diestra
me encuentro sin yo sentirlo.
Rápida centella brilla;

se oye un golpe; lanza un grito;
sangre salpica mi rostro;
un cuerpo cae sobre el piso,
y aquel ¡ay! que á otros espanta
á mí me deja tranquilo.

GER. ¿Muerto?

LUCIO No sé, pero al menos
la intención otra no ha sido.
Antes de huir, tiempo tuve
de arrojar el pergamino
de que todos para el caso
solemos andar provistos.

GER. ¡Eres un bravo!

LUCIO ¡Señor!

GER. Avanza: toca esos cinco.
Así me gustan los hombres
y como bueno has cumplido.
Seguid este ejemplo, y nadie
conseguirá destruirnos.
Mas como quiera que el *necio*
de don Felipe, solícito,
pretenderá congraciarse
con el Conde-Duque, estimo
prudente no prolongar
nuestra estancia en estos sitios.
Franca hallaréis la salida
secreta; vivid tranquilos,
y si la ronda viniese
tornará como ha venido.
Marchad, y mucha cautela,
hasta que yo os mande aviso;
que es cordura ser prudente
si ser cobarde es delito.

(Mutis, todos menos don Gerardo y Lucio, que esperan la salida de los demás, para dirigirse al primero.)

LUCIO Señor.

GER. ¿Quién?

LUCIO Deseo hablaros,
si queréis prestarme oído.

GER. ¿Te interesa ó me interesa?

LUCIO Vais á juzgar por vos mismo.

ESCENA III

DON GERARDO y LUCIO

LUCIO (Después de observar si todos se han marchado ya, baja al proscenio y dice con humildad):
Que nunca logré mirar
ese semblante confieso;
pero un cariño os profeso
que no me acierto á explicar.
Por eso, cuando há un instante,
conté lo que hoy nos aflige,
de Bastián la traición dije,
pero callé algo importante.

GER. ¿Qué escucho?

LUCIO Vuestra ira arrostro,
tal vez, más lo decidí,
y os he detenido aquí
para miraros el rostro.

GER. ¿Y tú sabes que esa idea
es por demás atrevida,
y va á costarte la vida
tu necio descaro?

LUCIO Sea.
Más Bastián pronunció el nombre
de un hombre á quien yo venero,
y á trueque de morir, quiero
saber si sois ese hombre.
Que don Gerardo de Lara
es nuestro rey, dijo allí,
y yo, que al padre serví,
no puedo...

GER. Mira mi cara.
(Quitándose el antifaz.)

LUCIO ¡Ah! ¡sí, él es!... ¡Sino traidor!
El tan noble, tan honrado,
mientras vos...

GER. ¡Calla, menguado!
¿Qué vas á decir?

LUCIO ¡Señor!...

GER. ¿Piensas que quien su apellido
en cien lides vió triunfante,

pueda ni por un instante
dar su linaje al olvido?
No, Lucio; mi noble rango
hollar no pueden mis pies,
y aunque en el fango me ves,
yo saldré limpio del fango:
ni me acusa la conciencia,
pues así al cielo le plugo,
ni es criminal el verdugo
que ejecuta una sentencia.
En esta empresa me lanza
causa justa de honra y prez.
Dios me ha servido de juez;
de ejecutor mi venganza.

LUCIO. ¿Mas?...

GER. No intentes descubrir
este mi secreto afán,
y cuenta lo que á Bastián
hayas conseguido oir.

LUCIO. Que quien sois no se le esconde,
dice en vuestra desventaja,
pues os vendió cierta alhaja
que luego vió... no sé dónde...

GER. ¿Una alhaja? (Recordando.)

LUCIO. Bien lo oí.

GER. ¿Y fué?... (Con inquietud.)

LUCIO. No recuerdo ahora...
en casa de una señora...

GER. ¿Doña Gloria Antúnez?

LUCIO. ¡Sí!

GER. ¡Oh!

LUCIO. Del Doctor en compaña
á la tal casa llegó,
y el hallazgo le chocó...

GER. ¡Fatalidad bien extraña!

LUCIO. Pensando sacar provecho
del lance, rondó; os vió entrar,
y paso á paso, á topar
fué con la verdad derecho.

GER. ¿Irá á nublarse mi estrella?

LUCIO. (¿Qué tiene?)

GER. ¡No fuera justo!
La vida arriesgo con gusto;
¡más ella! ¡Dios mío, ella!...

¡Mi sólo bien! mi delicia,
¿y ha de alcanzarla la ley?...
(Se oyen fuertes golpes dados en una puerta.)

LUCIO ¡Llaman! (Echando mano á la espada.)

FEL. (Dentro.) ¡En nombre del rey!

GER. ¡Quieto!

COR. (Dentro.) ¡Abrid á la justicia!

LUCIO ¡Véis, señor; son ellos!

GER. ¡Sí!
Más su rigor no te apene.
Escucharlos nos conviene.

LUCIO ¡Derriban la puerta!

GER. ¡Aquí!

(Figura tocar un resorte en la pared de la izquierda y se abre una puerta secreta; Lucio coge la linterna colgada en la pared del foro y ambos desaparecen; los golpes interiores han ido en aumento, y se escucha un gran estrépito como el que produce una puerta al saltar en pedazos.)

ESCENA IV

DON FELIPE, CORNEJO y Ministriles; traen linternas, bachones y mosquetes

FEL. De puntillas y cuidado.
¡Chiss!... Demonio ¡no hagais ruido!

COR. (Claro, aquí nos van á estar
esperando quietecitos.)

FEL. Esta noche no se escapan.

COR. (Ya no.)

FEL. ¡Chiss!... Mucho sigilo
Serenidad.

COR. (Piés ligeros
es lo que yo necesito,
porque me estoy figurando
la que nos espera.)

FEL. ¡Chito!...
Cornejo.

COR. Señor.

FEL. ¿Qué ves
en el rincón?

COR. No distingo...

FEL. ¿Pero, no ves nada?
COR. Nada.
¿Y vos?
FEL. Yo... veo lo mismo.
¿A ver por arriba? (Subiendo las luces.)
COR. ¡¡Quiá!!...
(nos van á soltar un tiro.)
FEL. ¿Y por abajo?
COR. Tampoco.
Han desalquilado el nido.
Pues estos no son murciélagos.
FEL. ¿Que no? ¿Pues qué son?
COR. Espíritus.
FEL. Se te hacen las sombras, duendes.
COR. Y á vos, los dedos, bandidos.
FEL. Pues, señor, aquí no están.
COR. Pues, me alegro.
FEL. Nos lucimos.
¡Topar con el escondite
y no coger á los pillos!...
COR. Y es extraño; porque siempre
nos ha pasado lo mismo.
FEL. ¿Y qué hacer?
COR. (Con mucho misierio, como el que va á decir una cosa muy importante.)
Ahora... marcharnos.
FEL. ¿Cómo que marcharnos?
COR. Digo,
si es que vos no disponéis
que estemos aquí metidos
hasta que ellos mismos vengan
á entregarse muy contritos,
y en ese caso, debemos
sentarnos.
FEL. (Muy incomodado.) ¡Chiss! Cierra el pico.
Tú vas á espantar la caza.
COR. ¿La caza?... (Sí. De mosquitos.)
FEL. Siga el registro, y cuidado.
COR. Cuidado y siga el registro.
Si hay palos, ya sabéis dónde
iremos á reunirnos.
(Yo sé muy bien que esta noche
correremos de lo lindo. (Mutis por donde entraron.)
No se gana para botas.
¡Es lo que tiene el oficio!)

ESCENA V

DON GERARDO Y LUCIO

LUCIO ¡Ya se fueron!
(Asomando el primero en la puerta secreta.)
GER. Aún confio
en triunfar.
LUCIO ¡Ved lo que hacéis!
GER. ¡Yo su astucia desafío!
¿Me sigues?
LUCIO ¡Donde mandéis!
GER. ¡Que llegue á tiempo, Dios mío!
(Se emboza y sale precipitadamente de escena, seguido de Lucio.

CUADRO SEGUNDO

Sala elegante en casa de DOÑA GLORIA: puerta al foro y lateral izquierda: á la derecha ventana: colgaduras y muebles de la época; es de noche.

ESCENA VI

DOÑA GLORIA reclinada en un diván y á su lado, de pié, INÉS

INÉS ¿Pero, por qué estáis inquieta?
¿por qué esa constante alarma!
Si ayer vino, y esta noche
vendrá otra vez...
GLORIA ¿Y mañana?
Es mi cariño tan grande,
y él, Inés, tan bien me paga,
que aún me parece muy poco
hacerle dueño del alma.
INÉS ¿Mas de ausencias tan contínuas
no os ha contado la causa?
GLORIA Cuando él callarla procura
será que debo ignorarla.
Sé que guardarse le importa;
que peligros mil le alcanzan;
que á un fin llegar se propone

por deber ó por venganza,
y aunque saber más quisiera,
cuando trato en sus palabras
de sorprender un secreto
que él afanoso recata,
en sus frases cariñosas,
en su voz, en sus miradas,
en sus constantes desvelos,
adivino cuánto me ama,
y de su afecto segura,
ya no quiero saber nada.
Mas cuando sola contigo
y con su recuerdo, pasan
las horas, el día á veces,
sin oír aquellas gratas
frases del amor; cuando triste
y en mi dolor abismada,
en sus inquietudes pienso
y me fijo en sus alarmas,
y en un mar de congeturas
mi pensamiento se lanza,
temo por él, por su vida:
llego á creer que me engaña,
pues si me amase cual dice
nunca de mí se apartara:
son pretextos sus deberes,
sus precauciones, patrañas,
y sólo cuando consigo
amante verle á mis plantas,
torno de nuevo á la vida;
hallo sus frases fundadas
y me reprendo mi enojo
y renace mi esperanza.

INÉS
Pasión debe ser sentida
la que es tan bién expresada.

GLORIA
¿Oyes pasos?

INÉS
No, es el viento;
más ya vendrá, tened calma.

GLORIA
¿Dejaste, según costumbre,
la puerta?...

INÉS
Ya está entornada.

GLORIA
¿Y Pascual?...

INÉS
De centinela,
como siempre.

GLORIA — ¡Cuánto tarda!
INÉS — No han dado aún las diez.
GLORIA — Por eso...
otras noches...
INÉS — Vaya, vaya,
bajaré al jardín yo misma
para advertir su llegada.
GLORIA — ¡Sí, vé Inés!
INÉS — ¡Pobre señora!
Cuán buena, y cuánto le ama. (Vase.)
GLORIA — ¿Si su corazón es tuyo,
de qué récelas, ingrata?

ESCENA VII

GLORIA y GERARDO

GLORIA — ¡Gerardo!
GER. — ¡Gloria!
GLORIA — Ya estaba
impaciente. Te aguardaba
y era tal mi sufrimiento...
GER. — ¿No sabes que me encontraba
aquí con el pensamiento?
¿No sabes la obstinación
conque dice mi pasión,
«corre á su lado al instante»?...
¡Si están en lucha constante
el tiempo y mi corazón!
GLORIA — ¿Cómo esta noche has tardado
aún más de lo acostumbrado?
GER. — Venir antes no he podido,
y feliz yo que he llegado,
quizá con tiempo medido.
GLORIA — ¿Qué quieres decirme?
GER. — ¡Gloria!
Muy pronto... una triste historia
te hará saber lo que anhelas
saber, más hoy...
GLORIA — ¿Qué recelas?
¿Por qué fija en tu memoria
veo una nube?
GER. — A venderme

llegó mi pasión amante,
y es fuerza ya resolverme...

GLORIA ¡Por Dios, habla!

GER. En este instante
ván á venir á prenderme.

GLORIA ¿A tí?

GER. ¡Sí!

GLORIA ¿Qué has hecho?

GER. Nada:
un error... una emboscada,
que no merece la pena;
mas si te muestras serena,
su intención verás burlada.

GLORIA ¡Gerardo!

GER. Ignoras mi nombre,
y hasta dudas que tal hombre
existir en Madrid pueda.
Que nada, por Dios, te asombre,
suceda lo que suceda.
Ya Inés por mí está advertida,
y una señal convenida
hará en la calle un amigo.

GLORIA Pero si te hallan conmigo...

GER. Yo encontraré la salida.
Desorientarlos pretendo,
y á eso vine solo aquí,
por tu reposo temiendo.

GLORIA Dudas engendras en mí
y que me engañas entiendo.

GER. Por la fé de nuestro amor,
por la cruz del Redentor,
que tú como yo veneras,
haga Dios que no me quieras
si yo te burlo traidor.

GLORIA Dudar ya no sé de tí:
oh, no, Gerardo, perdona;
la verdad se expresa así,
y un juramento te abona
que fuera sagrado en mí.
Tu esposa soy ante Dios,
y pues de un deber en pos
dices que vás afanoso,
lo que sea de mi esposo,
eso será de los dos.

Si te juzgan por tu mal
criminal, yo te aseguro
que siempre has de verme igual.
¡No puede ser criminal
quien no es á mi amor perjuro!

GER. ¡Gloria!

GLORIA No tiembles por eso.
¿Como formarte proceso
ni tenderte infames lazos?
¡Si ya te tengo yo preso
en la cárcel de mis brazos!

GER. ¿Y esto me quieren robar?
¿Y de tí me han de apartar?
Oh, nunca, no puede ser.
Ignoro si he de vencer,
pero sé qué he de luchar.
(Se oye un silbido agudo y prolongado.)

GLORIA ¡Silencio!

GER. ¿Qué?

GLORIA ¿No has oído?

GER. La señal; ese silbido
me anuncia que están ahí.

GLORIA ¡Huye, Gerardo!

GER. Entra aquí,
que han de irse como han venido.

GLORIA Pero piensa...

GER. (Llamando.) ¡Inés!

INÉS (Saliendo.) ¡Señor!

GER. El Corregidor intenta
penetrar aquí...

INÉS ¡Mejor!

GER. ¿Sabes?...

INÉS Corre de mi cuenta
el señor Corregidor.
(Gerardo y Gloria entran en la primera puerta izquierda.)

ESCENA VIII

INÉS, poco déspués DON FELIPE, CORNEJO y ALGUACILES.

INÉS
Servir á quien paga es ley
y también los de mi grey
sabemos mostrar nobleza...
(Se oyen dos aldabonazos.)
Más pronto... (Asomándose á la ventana.)
¡Con la cabeza!

FEL. (Dentro.) ¡Abrid, en nombre del Rey!

INÉS ¿Quién lo dice?

FEL. ¡Yo!

INÉS ¡Qué horror!
Vuestro nombre, por favor,
si no lo llevais á mal?

FEL. Don Felipe Sandoval.

INÉS Muy dueño mío y señor.

FEL. ¡Abrid!

INÉS ¿Cuál es vuestro anhelo?

FEL. Tanta pregunta á destajo
ya cansa.

INÉS ¡Mira el abuelo!

FEL. Ea, pronto; ó vive el cielo
que echamos la puerta abajo.

INÉS Nada de ruidos mayores;
Pascual... abre á esos señores
de par en par...

FEL. ¿Eh?

INÉS La puerta.
Dudan... Vamos, ya está abierta.
Empuñan los asadores.
Ya suben... ¡Qué furibundo!
y el otro... Yo me confundo.
Pase, pase vuecelencia.
(Entran los alguaciles, y los últimos Don Felipe y Cornejo; todos llevan la espada desnuda.)

FEL. Por primera providencia
á ver, ¡preso todo el mundo!

INÉS ¡Jesús!

FEL. ¿Solo una mujer?

INÉS ¡Servidora!

FEL. Y de buen ver.

INÉS ¡Mil gracias!
FEL. ¡Vaya un petardo!
Aquí ha entrado don Gerardo
de Lara.
INÉS Bien puede ser,
mas si en esta casa entró,
nadie penetrar le vió.
FEL. ¡Yo repito que aquí ha entrado!
INÉS Pues se fué por el tejado
como el humo.
COR. ¡No!
INÉS ¡Sí!
FEL. ¡No!
¡De parlanchina haces gala,
y vás á sufrir la pena!
INÉS ¿Yo?
FEL. Registrad bien la sala.
(A los Alguaciles, que empiezan á mirar por todas partes; Cornejo con dos ó tres más se dirige á la primera puerta izquierda é Inés les cierra el paso.)
INÉS ¡Eh, mi señora está mala!
COR. Y tú, en cambio, estás muy buena.
(Supirando.)
INÉS Se recostó hace un instante
y llamar hizo á un doctor.
COR. Señor, ya oís.
FEL. ¡Adelante!
INÉS Que seais Corregidor
no os impide ser galante.
FEL. Que soy, lo que soy no olvides,
pues ni en las pajas me duermo,
ni me importan tus ardides...

ESCENA IX

DICHOS y GERARDO vestido exactamente igual que el Doctor Benavides apararece en el primer acto, caracterizado como él, y ostentando los mismos defectos físicos. (1)

GER. (Con voz temblona.)
¿Quién grita aquí, habiendo enfermo?
COR. ¡Calle!
FEL. ¡¡¡El Doctor Benavides!!!
GER. ¿Vos aquí, Corregidor?
¿Qué sucede, amigo mío?
FEL. Que yo... que vos...
COR. Que el señor...
FEL. ¿Nos vamos á hacer un lío?
GER. Calma y hablad, por favor.
COR. Pues, veníamos á. .
FEL. ¡Calla!
GER. Con hierro armada la diestra
de todos vosotros se halla,
y se trata por la muestra
de dar aquí una batalla.
FEL. Yo... ¿por dónde habéis entrado?
GER. ¡Por la puerta!
FEL. ¡Esto es horrible!
¿Y con quién habeis hablado?
GER. Con todo al que me he encontrado.
FEL. Vamos, parece imposible.
¿No estaba á vuestra llegada
un tal don Gerardo?
GER. Nada.
COR. Pues entró...
GER. ¡Qué tontería!
Si hubiera estado, estaría.
COR. No está mala la algarada.
FEL. ¿Pero doña Gloria?..
GER. Enferma.
Yo la he mandado el reposo.

(1) En el primer acto debe ser el artista encargado del papel de Gerardo y no otro, quien haga la pasada dando así más verosimilitud á la situación.

FEL. He de ver...
GER. Dejad que duerma,
y esto Sandoval, no merma
vuestro deber enfadoso,
que si equivocado vos
de criminales en pos,
dejáis al culpable atrás,
vuestras faltas, ¡vive Dios!
no han de pagar los demás.
FEL. Yo... me han dicho...
GER. Dadme el brazo,
y dejad ese embarazo
que yo disculpo y perdono.
FEL. ¡Ah! ¿Vos saldréis en mi abono?
COR. (¡A la zorra candilazo!)
FEL. ¡Esto es atroz!
GÉR. (¡Diplomacia!)
FEL. ¿Por dónde escaparse pueden?
Yo no he visto más audacia.
GER. Estos chascos se suceden
con frecuencia.
COR. (Verbi y gracia.)

(Todos salen riéndose del Corregidor, que sirve de apoyo á Gerardo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón lujosamente amueblado.—Puerta al foro y dos laterales.—Mesa con recado de escribir á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

GLORIA y GERARDO, sentados, ella en un sillón, y él en una banqueta

GLORIA ¿Y el rey consintió en que fuese
sentenciado? ¿No? ¡Qué infamia!
(A una seña afirmativa de Gerardo.)
¿Y pudo, á su buen amigo,
al hombre de confianza,
á quien entregó su hija
desde la edad más temprana,
hacer que sobre él cayera
tan inmerecida mancha?

GER. ¡Sí pudo!

GLORIA El rey...

GER. Es tu padre, (Levantándose.)
y en vano aquí, en mi garganta,
pugnan por salir rencores
y se agolpan las palabras;
pero él, á quien de mi padre
la inocencia le constaba,
firmó la infame sentencia
que un baldón echó en sus canas;
y *magnánimo* en extremo,
como merced señalada,
desterrado para siempre

salió mi padre de España.
Ignoro si en el suceso
el rey miró una emboscada,
ó si la envidia de muchos
contra él esgrimió sus armas;
más sé que desde aquel día,
torturas mil siente el alma.

GLORIA ¡Pobre don Diego!

GER. Yo, entonces,
concluía en Salamanca
mis estudios, y tan pronto
como la noticia infausta
llegó á mí, corrí á la Corte,
del rey me arrojé á sus plantas,
busqué apoyo en la nobleza,
supliqué... ¡Tarea vana!
¿Quién entre tal regocijo
secar podía mis lágrimas?
Tú eras mi sola alegría
y el consuelo de mi alma:
mi padre de tu custodia
al partir me encomendaba,
y sin embargo, en mi mente
bullía un plan de venganza.
El rey era poderoso,
y yo sin apoyo estaba;
los nobles no me atendían...
¿Qué hacer?... Impotente rabia
sorda rugía en mi pecho
y muerte lenta me daba.
Tu madre, volando al cielo,
luto te dejaba y lágrimas,
y ocultarte mis tristezas
más que nunca procuraba.
Una noche, en que al acaso,
sin guía y sin esperanzas,
por las calles más sombrías
en mis planes meditaba,
—¡Alto!—me gritan dos hombres
de torva y ceñuda cara.
Súbita como el relámpago,
una idea brotó rápida
en mi cerebro. ¿Los nobles
su protección me negaban?

Acaso más firme apoyo
me ofreciese la canalla.
La bolsa arrojo en el suelo,
mi diestra empuña la espada,
y con la paz les convido
si á mi deseo se allanan.
O mi aspecto les contuvo,
ó les gustó mi arrogancia,
y en francas explicaciones
entraron de buena gana.
La base de los temidos
murciélagos, de allí arranca.

GLORIA ¡Gerardo!...

GER. De día en día
fué creciendo la importancia
de esta asociación, que hoy tiene
la Corte atemorizada.
Yo sus pasos dirigía,
sus golpes centuplicaba,
mas nunca á tomar me avine
una parte en las ganancias.
El botín, suyo era entero,
oro yo no ambicionaba,
sino una ocasión, un día,
que á mi proyecto ayudara.
Por aquel tiempo, un doctor,
que Benavides se llama,
en Madrid fijó sus reales,
y con clientela escasa
al principio, poco á poco
fué haciendo extender su fama.
Tuvo amigos en palacio,
visitó á la aristocracia,
se hizo dueño de secretos
que á sus intentos cuadraban,
y nadie sospechar pudo
que el que á los bandidos manda
y el que los enfermos cura,
es don Gerardo de Lara.
Ahora que lo sabes todo,
dí si á tu esposo rechazas.

GLORIA No, Gerardo; tú, que amparo
me diste en la tierna infancia;
tú, que el amor has sabido

comprender en mis miradas,
y que tu esposa me has hecho
cuando ser debí tu esclava,
siempre has de hallar en mis brazos
un consuelo á tus desgracias.
Yo no sé si Dios aprueba
ó condena tu venganza;
no sé si mi padre puede
ser víctima de asechanzas;
sólo sé, Gerardo mío,
que te adoro con el alma.

GER. Quizás esta noche misma
tengan término mis ansias,
y mis fatigas constantes
vea, por fin, compensadas.

GLORIA ¿Cómo, esperas...?

GER. Sí; comienza
mi posición á ser falsa,
y á ver si logro mi objeto
voy por un golpe de audacia.
El Corregidor, que anoche
vino á prenderme á esta casa,
se halla ya sobre la pista,
y esto es de gran importancia.

GLORIA ¿Temes...?

GER. No; pero pudieran...

GLORIA ¡Ir sabré donde tú vayas!

GER. Déjame por un instante,
pues deben ya en esta estancia
esperarme.

GLORIA Sí; hasta luego.
(¡Protégele, Virgen santa!) (Vase izquierda.)

ESCENA II

GERARDO

(Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)
¡Lucio!... ¡Nadie!... Aún no ha venido,
y me asusta su tardanza:
¡oh! si por fin en mis manos
llega á caer esa carta.
¡Ay del Conde-Duque! ¡Ay

del Rey! los tengo á mis plantas.
Pobre anciano, que tus días
ves correr en tierra extraña,
pide á Dios que un desengaño
no trunque mis esperanzas.

ESCENA III

DICHO y LUCIO

LUCIO ¡Señor!

GER. ¡Ah! ¡por fin! ¿qué ocurre?...
¿Le viste?

LUCIO Le ví, y no en balde.

GER. ¿La carta?... (Lucio le da una.) ¡Gracias, Dios mío!

LUCIO Le tuve que dar...

GER. Mi sangre,
si era necesario.

LUCIO ¡Es cara!

GER. No sabes tú lo que vale.
¡Esta es, esta, con su firma!
La prueba es irrecusable.
¡Sígueme!

LUCIO ¡Pues no lo entiendo!

GER. ¡Ah! ya estás salvado, padre.
(Vanse segunda puerta izquierda.)

ESCENA IV

DON FELIPE, CORNEJO é INÉS

FEL. Pasad recado.

INÉS Ahora mismo,
mas ignoro...

FEL. Es importante
que yo la vea.

INÉS Bien, pero...

FEL. ¡Digo que es indispensable,
necesario, imprescindible!...

INÉS Entraré, mas si se hallase
aún indispuesta...

FEL. ¡Que cure!

COR. Justo, lo manda el Alcalde. (Vase Inés.)

ESCENA V

DON FELIPE y CORNEJO

FEL. ¡Ay, Cornejo de mi alma,
qué desventurado lance!
yo estoy, que con un cabello
fácilmente puede ahogárseme.
COR. ¿Pues qué hay?
FEL. Somos unos torpes.
COR. ¿Los dos?
FEL. ¡Unos badulaques!
¡unos simples!
COR. ¿Los dos?
FEL. Sí.
COR. Pues yo renuncio á mi parte.
FEL. ¡La casa de doña Gloria
de Antúnez, era inviolable!
COR. ¿Y quién os lo ha dicho?
FEL. El propio
Conde-Duque de Olivares.
Esta mañana temprano
fuí lo ocurrido á contarle.
Le hablé de Bastián, y nada,
no dió de enojo señales.
Conté lo del Pretil. Bueno,
se burló, y seguí adelante.
Lancé el nombre de Gerardo
de Lara, y púsose grave,
y hasta jurarte podría
que se anubló su semblante,
pero al oir que en la casa
de esta dama entrar osaste...
(Movimiento de Cornejo.)
es decir, entrar osamos...
sin pedir permiso á nadie,
dió un puñetaño en la mesa,
puso cara de vinagre,
abandonó la poltrona,
y comenzó á pasearse.
—Sois un imbécil, me dijo;—
¡imbécil! ¡mira que es frase!...
—¡Señor! murmuré asustado.—

—¿Qué Corregidor?... ¿Qué Alcalde,
no conoce á doña Gloria?
Corred, salid al instante,
y sin que hayáis alcanzado
perdón de falta tan grave,
no volveréis á mi gracia,
ni á la del rey.—Yo cadaver
salí de allí entre aturdido,
congestionado y exánime.
No sé de un modo seguro
si bajé, ó subió la calle,
aunque, pensando con lógica,
que yo bajará es probable.
Llegué á casa, subí al trote,
entré casi jadeante,
te ví, te cogí del brazo,
de allí salimos á escape,
y aquí me tienes, Cornejo,
con la calma dada al traste,
entre Murciélagos, Glorias
y Gerardos, y galanes,
y emboscadas, y alguaciles,
y gritos del de Olivares.

COR. La verdad es que yo anoche
os dije que no llamaséis.

FEL. ¡Si fuiste tú justamente
quien dió al aldabón!

COR. No obstante.
Yo llamé... pero al llamar
no comprometía á nadie,
porque el que llama, aunque llama,
nada dice conque llame.
Entrar, es aquí lo gordo,
y que vos primero entrásteis,
lo dice bien vuestro rango,
vuestra calidad de alcalde,
mi respeto hacia esas canas
y la humildad de mi clase.
Ergo la parte de culpa
que á mí pudiera tocarme,
recae en vos toda entera,
sin que á mí me llegue un ápice,
pues ya dejé demostrado
de una manera palpable,

que yo si llamé, al llamar
no comprometía á nadie,
porque el que llama, aunque llama
nada dice con que llame.

FEL. Pero...

COR. ¡No hay vuelta de hoja!

FEL. Si es que...

COR. ¡Discusión en balde!

FEL. Más no vés...

COR. ¡Caso resuelto!

FEL. Escucha...

COR. ¡No hay que cansarse!

FEL. ¡Cargue contigo el demonio!

COR. Sea: más no el de Olivares.

FEL. Mira, Cornejo, no quieras
que se me irrite la sangre.

COR. ¿Pues qué, la mía es de horchata
para que sufra y me calle?

FEL. ¡Mira!

ESCENA VI

DICHOS, é INÉS

INÉS Mi señora espera.

FEL. ¿Ah, sí? Pues voy al instante.
Aguárdame aquí, Cornejo.

COR. Lo de siempre, que me aguarde.
Sandoval para las glorias,
para los sustos... Perales.
(Don Felipe precedido de Inés, entra en la habitación de ésta.)

ESCENA VII

CORNEJO

Que hay que exponer el perfil
porque están los tiempos malos
y el cielo barrunta palos:
Alguacil.
Que al fin sale uno de balde

sin lucha ni coscorrones
ni exhibición de talones:

Alcalde.

Si hay que arriesgar el pellejo
y andar buscando detalles
corriendo por esas calles...

Cornejo.

Si la cosa no vá mal
y de la ley en abono
puede el hombre darse tono,

Sandoval.

La ronda ayer no cumplió
su deber como era justo
y se avecina un disgusto:

Yo.

Es preciso hacer papel
y el rey, con buenos deseos,
reparte gracias y empleos:

El.

Y es que así lo estableció
la suerte airada y cruel
que el bien del mal separó.
Alcalde, Carvajal, él.
Alguacil, Cornejo, yo.

ESCENA VIII

DICHO, DON FELIPE y GLORÍA

GLORIA Nada, olvidad los pesares:
son de la existencia azares
que evitar no puede el hombre.

FEL. Creed que...

GLORIA Dad en mi nombre
las gracias al de Olivares.

FEL. Ah, señora; yo lamento
de veras lo que ha pasado,
y doblemente lo siento...

GLORIA Repito estáis dispensado
(Don Felipe besa su mano y se inclina en señal de despedida.) ¡Corregidor!... (Devolviéndole el saludo.)
(Sandoval seguido de Cornejo se dirige hacia la puer_

ta del foro, cuando son detenidos por la voz de Gerardo, que seguido de Lucio les cierra el paso; en su cinto ostenta la daga que en el primer acto llevaba don Felipe.)

ESCENA IX

DICHOS. GERARDO y LUCIO. Que aparecen en la puerta del foro

GER. Un momento.
FEL. ¡Eh!
GER. La ocasión me depara
un placer que busqué ansioso.
COR. (¡Malo!)
FEL. No atino...
GLORIA ¡Mi esposo!
FEL. ¡Ah! (Saludando.)
GLORIA Don Gerardo de Lara.
FEL. ¡Uf!
COR. ¡Plum!
FEL. (Me he puesto nervioso)
GER. Sé que por plazas y calles
me buscáis con interés.
COR. (Quisiera estar en Versalles.)
FEL. ¡Yo!
GER. Suprimid los detalles.
FEL. Yo fuí... (¡Me bailan los piés!)
GER. Es mucha galantería
y al vuestro mi afecto paga.
También yo veros quería.
FEL. ¿Cómo?
GER. Aceptad esta daga.
(Le da la del acto primero.)
COR. ¿Eh?
FEL. ¿Qué?
GER. Un recuerdo.
FEL. ¡La mía!
GER. ¡Tomad! (Don Felipe la toma temblando.)
COR. Nos cuesta el pellejo.
FEL. ¡Ay, Cornejo, estoy perplejo!
COR. Yo estoy dado á Barrabás.
FEL. ¿Qué vá á ser de mí, Cornejo?

COR. ¿Qué vá á ser de los demás?
(Suspirando.)
GER. Parece habéis prometido
con los míos concluir.
FEL. Yo no sé quién ha podido...
GER. No, no; si váis á cumplir
lo que tenéis ofrecido,
y aún vuestro triunfo mayor
puede ser si os diere gana,
pues al par, podréis, señor,
señalar al matador
del conde Villamediana.
Ambas cosas, desde luego,
á vuestra pericia entrego
seguro del galardón...
FEL. Yo no atino ..
GER. A condición
de que firméis este pliego.
Escritas van las razones
del por qué pactáis conmigo
y entramos en transaciones.
FEL. Pero...
GER. Ved las condiciones,
pues soy leal enemigo.
(Don Felipe lee.)
COR. (Esto va á acabar en mal.)
FEL. Más yo á la persona real
me dirijo y en su agravio
supongo que él fué... (Acción de herir.)
GER. ¡Si tal!
FEL. Jamás osará mi lábio...
GER. «Hay en tu cinto una daga
del de Olivares ofrenda,
que así tus servicios paga;
mas la daga á mí me halaga
y vas á perder la prenda.
Advierte si es atrevida
la lucha por tí emprendida,
y no sin razón te alarmas,
que quien te quita las armas...
FEL. Puede quitarte la vida.»
Lo sé de memoria, sí.
Tantas veces la leí,
que de memoria la sé.

GER. ¿Conque os decidís?
FEL. Sí á fé.
¿Dónde hay que firmar?
GER. Aqui.
(Don Fetipe firma, mientras se cambian señales de inteligencia entre Lucio y Gerardo.)
Yo mi partida destruyo
si hay amnistía completa.
¿Estás conforme?
LUCIO (Receloso.) No arguyo.
(Gerardo se ocupa en cerrar un pliego y al par del papel firmado por Don Eelipe mete otro papel: Sandoval lo observa y vá á hablar, pero Gerardo que lo advierte, le ataja la palabra diciendo.)
GER. Ved, una copia que incluyo
bajo esta misma carpeta.
(Cierra el pliego y se lo alarga á don Felipe.)
Ya está corriente, tomad;
y ahora, tened la bondad
de hacer que en muy breve espacio
llegue este pliego á palacio
con toda seguridad.
FEL. ¡Iré yo mismo!
GER. ¡Eso no!
FEL. (Me detiene.)
COR. (Adelantándose.) ¿Sirvo yo?
GER. (A don Felipe.) Vos habéis de decidir.
FEL. Sea. (Dando un suspiro.)
COR. (¡Me dejan salir!) (Muy contento.)
GER. ¡Marchad, pues!
FEL. (Este escapó.)
GER. Pero vez que Sandoval
espera aquí servicial
saber lo que se resuelva.
¿Vendrás? (Con intención.)
FEL. ¡Sí!
COR. (Como no vuelva,
FEL. lo voy á pasar muy mal.)
(Cornejo saluda y vase.)
GER. Y ahora mil nuevas curiosas
que aún me restan que decir
sabréis... (A doña Gloria.) Mientras tú reposas,
van á contarse aquí cosas
que tú no debes oír.

(Da la mano á doña Gloria, y la acompaña á su habitación: ésta saluda á Sandoval, quien se inclina respetuosamente: Gerardo, después de dejar á su esposa, cierra cuidadosamente las puertas y viene á colocarse en medio de don Felipe y de Lucio, dejando á éste á su izquierda.)

FEL. (¡Y ahora los tres nos quedamos!..
¡Y cierra las puertas!.. ¡Oh!..
De esta sí que no escapamos.)

GER. Ea, señores; ya estamos
todos tranquilos.

FEL. (Yo no.)

ESCENA X

GERARDO, DON FELIPE y LUCIO

GER. El nombre os he ofrecido
del que muerte dió atrevido
al conde Villamediana,
y nunca ha salido vana
cosa que yo he prometido.
¿Cabeza ó brazo? Os emplazo,
pues no están en una pieza
y nombrar á dos rechazo.

FEL. Yo...

GER. Despreciemos el brazo
y vamos á la cabeza.
La carta que le dió muerte
aquí está: prueba más fuerte
(Sacando la carta.)
no puede encontrar la ley.

FEL. ¿Ah, la tenéis vos? (Con alegría.)

GER. ¡Por suerte!

FEL. ¿Y la firma?...

GER. (Enseñándosela.) Ved.

FEL. (Descubriéndose al leer.) ¡¡Yo, el rey!!

GER. Sí; vuestro asombro es profundo,
y aunque á mi dicha no cuadre,
el crimen es muy fecundo:
hay muchos en este mundo
tan viles como mi padre.

LUCIO ¡Don Gerardo!

GER. No adivino
por qué tú faz se ha nublado,
cuando mi padre acusado
fué por el rey, de asesino,
y la ley le ha sentenciado.
Si hoy le cubre infame sombra
y le llaman criminal,
¿por qué saber os asombra
que otro hombre, que rey se nombra,
alzó airado su puñal?
¿Quieren mi rabia impotente?
Pues arrojen en mis brazos
al pobre viejo, inocente,
y verán cuán prontamente
hago este escrito pedazos.
Que aunque un Dios de cielo y tierra
juzga al vasallo y al rey,
tanta injusticia me aterra;
y audaz provoco la guerra
contra el monarca y su grey.

LUCIO ¡Por Dios, calmáos señor!

FEL. Sí, que aunque en justo dolor
pintáis vuestros sentimientos...

GER. Aún ignoráis el mayor;
oidme los dos atentos.
(Después de una breve pausa.)
Hubo aquí una comedianta
de beldad tan peregrina
y desenvoltura tanta,
que su nombre aún alucina
y el vulgo sus glorias canta.
Un millar de adoradores
se disputó en breve espacio
camarín y bastidores,
y de sus muchos primores
llegó la fama á Palacio.
El monarca, que galante,
de emprendedor tuvo nombre
con fortuna no inconstante,
quiso verla, y ciego amante
el rey, cedió paso al hombre.
La bella escuchó su amor
ó quizá ofuscada al cabo
por el fausto y esplendor,

de quien era su señor
supo pronto hacer su esclavo.
¿El audáz, y ella mujer,
que había de suceder,
ni que se debe exrañar?
La corte dió en murmurar;
Felipe en enloquecer.
—Del rey, más que consejero,
leal y amigo sincero,
cosa en la corte muy rara,
había aquí un caballero
un tal... don Diego de Lara.

LUCIO ¡El amo!

GER. No es ocasión:
A este don Diego en cuestión,
viejo y noble acaudalado,
el fruto fué confiado
de aquella infausta pasión.
Paso... cuanto no os importe,
mas pronto el rey vió otra estrella
que le marcó nuevo norte,
y poco á poco la corte
perdió del lance la huella.
La infelíz que en loco afán
cedió á la pompa maldita
del poderoso galán,
falta de aprecio y de pan,
agostábase marchita.
La que un día reina fuera,
trocada en aventurera,
sólo recogía agravios,
sin poder dar en los labios
de su hija, un beso siquiera.
Súpolo á tiempo el de Lara
y habló al monarca tan fuerte,
que el carmín subió á su cara,
y le obligó á que tratara
de endulzar tan triste suerte. (Pequeña pausa.)
—Una noche en que envolvía
densa niebla á la ciudád,
don Diego, haciendo de guía,
á nuestro rey conducía
en nombre de la piedad.
Y el uno del otro en pos,

con poco segura planta,
llegaron por fin los dos
al pobre albergue que Dios
dar quiso á la comedianta.
—La calle era estrecha y muda;
la casa vieja y desnuda,
de negra y sucia apariencia;
en ella el rey, vió sin duda
reflejarse su conciencia.
La dama un hermano había,
el cual desde el mismo día
en que ella al rey dió su ley,
como teniente servía
entre los guardias del rey;
y á tiempo que el soberano
entraba al par de don Diego,
con el acero en la mano
ébrio quizá, ó de ira ciego;
sobre ellos cayó el hermano.
Felipe cuarto á la huída
se entrega por un instante,
si bien esgrime en seguida;
pero el de Lara, arrogante
hace frente al regicida;
lucha un momento el anciano,
más, temblorosa su mano,
el hierro abandona presto:
y el rey ocupa su puesto
y á sus piés tiende al hermano.
—Al cic-zas de las espadas,
por encanto iluminadas
rejas y puertas quedaron,
y al ir á salir, se hallaron
las bocacalles tomadas.
—Con llanto acervo en los ojos,
ante el cadáver de hinojos,
la infeliz mujer se hallaba,
y los sangrientos despojos
una y mil veces besaba.
Decir á aquella mujer
próxima á desfallecer
de vergüenza y de dolor
el nombre del matador,
no debió, no pudo ser.

La ronda estaba ya allí;
el rey no escapaba ileso,
y entonces Lara... ¡ay, de mí!
desfigurando el suceso,
la culpa echó sobre sí.
Y á la mañana siguiente
comentó el hecho la gente;
¡mi padre fué sentenciado!
¿Comprendéis? Y abandonado
por el rey villanamente.
La verdad se supo entera
de ese rey para baldón,
y no hubo un noble siquiera
que á protestar se atreviera
de tan cobarde traición.
Mi padre sufrió callando
del déspota el torpe yerro:
el pueblo siguió aclamando,
y el rey se quedó gozando,
y el de Lara, fué al destierro.
(Don Felipe y Lucio, inclinan la cabeza.)
¿Tembláis?... ¿Mi voz os aterra?
¿Quién más el vil de los dos?...
¿Un rey que el vicio en sí encierra,
responded, puede en la tierra
ser vera imagen de Dios?

FEL. ¡Ved!

GER. ¡No! Por eso mi sino
ver al fin roto imagino,
que si asesino es mi padre,
mi esposa, aunque no les cuadre,
es hija de otro asesino.
Mía, pues, es la campaña:
y el corazón no me engaña
que iguales son nuestros fueros,
porque si él es rey de España,
yo soy rey de bandoleros.

FEL. Dad á vuestro enojo espacio,
que es de prudente el consejo.

COR. (Dentro.) ¡Abrid! ¡Abrid!

GER. (Con emoción.) ¡Ah!

FEL. ¡Cornejo!

GER. (Suplicante.) ¡Dios mío!

LUCIO (Abriendo la puerta del foro.) Entrad.

ESCENA XI

DICHOS y CORNEJO que trae en la mano un pliego, en seguida DOÑA GLORIA

COR. (Dando á don Felipe un pliego.) ¡De palacio!
FEL. (A su vez á Gerardo.) ¡Don Gerardo!
GER. (Tomándole vacilante.) ¿Qué será?
LUCIO ¡Valor!
GER. ¿Qué es lo que me pasa?
FEL. ¡Vacila!
GER. ¡El papel me abrasa!
—Lo que ha de ser, sea ya.
(Rompe el sobre y figura leer, dando muestras de emoción.)
¡Ah! ¡Sí... sí...
GLORIA Monarca augusto!
GER. ¡Perdonado!... ¡Perdonado!
¡Padre!.. ¡Dios sea loado!
Gracias señor, fuisteis justo.
(Gloria y Lucio, que también se acerca, dan grandes señales de regocijo: mientras, hablan don Felipe y Cornejo.)
FEL. ¿Habrá habido mil furores?
COR. ¡No tal!
FEL. ¡Cornejo, habla en plata!
COR. Dice el Conde que sois nata
y flor de Corregidores.
FEL. ¿Con que eso ha dicho de mí?
(Muy contento.)
—Fué un gran golpe, es natural. (Infatuado.)
GER. Corregidor Carvajal,
el pacto se cierra así
(Rompe la carta que se supone firmada por el rey, y que llevaba en el cinto.)
Decid al rey mi señor
cómo cumplo mi promesa.
GORIA Y decidle, si no os pesa,
cuánto por él es mi amor,
que de mi esposo el reposo
ha logrado asegurar,
y nunca podré olvidar
lo felíz que hace á mi esposo.

GER. Mañana á Francia, que allí
un proscrito nos espera.
LUCIO. Señor, ir con vos quisiera.
GER. Tú no te apartas de mí.
Portugal, para su mal,
ser anhela independiente,
y ya se juzga inminente
la guerra con Portugal.
De la España vuelta en sí
gritos de muerte se escuchan;
Madrid sabrá cómo luchan
los murciélagos allí.
FEL. Mi instinto, al cabo, logró
arreglar esta Babel. (Dándose mucho tono.)
COR. ¡Alcalde Carvajal, él!
Alguacil Cornejo, yo.

TELÓN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7, pe *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de ambas Administraciónes.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directa mente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.